

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Aventuras legendarias de

Anna KADABRA

El Valle de los Unicornios



DESTINO

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Aventuras legendarias de

Anna KADABRA

El Valle de los Unicornios



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Pedro Mañas, 2022
© de las ilustraciones, David Sierra Listón, 2022
Diseño y maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: noviembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26015-8
Depósito legal: B. 18.840-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





Uooooaaahhhh.

Bah, no te asustes. No es que haya una fiera agazapada en el primer capítulo. Es solo que me has pillado bostezando.

¡Y qué bostezo tan delicioso!

Sí, hasta a mí me gusta aburrirme un poco de vez en cuando. Y es que ser niña y bruja a la vez resulta agotador. En mi agenda no queda hueco ni para medio estornudo.

Cuando no estoy enfrentándome a algún monstruo terrorífico, me toca luchar contra una multiplicación de cuatro cifras. Cuando no tengo deberes de historia, me

cae encima un examen sorpresa de pociones. Cuando no meto la pata con un hechizo, es porque meto las dos.

Y casi siempre hasta la cintura.

Por eso me desperté tan contenta aquella mañana. ¡Al fin habían empezado las vacaciones de Navidad! Pensaba pasarme el día rascándome los dedos de los pies con mi varita.

Repito: pensaba. Pero solo hasta que una voz me llamó desde la cocina.

—¡A desayunar, dormilona! —canturreó papá.

—¡Ya voy! —voceé. Un segundo después ya había vuelto a quedarme frita.



—¡¡Venga, arriba!! —chilló mamá, y esta vez no fue desde la cocina. Lo hizo directamente en mi oreja izquierda. Y tan fuerte que el alarido me salió por la derecha.

—Pero si estoy de vacaciones... —protesté, arrebujándome entre las sábanas cual rollito de primavera. O más bien de invierno, porque fuera hacía un frío de mil demonios.

—¿Es que ya no te acuerdas? —replicó mamá—. Prometiste acompañarnos hoy a la tienda.

Atiza, lo había olvidado. Resulta que, además de niña y bruja, también me toca ser pastelera. Al menos cuando mis padres necesitan ayuda en Coco y Chocolate. Así se llama su tienda de dulces.

Cosmo también protestó cuando lo saqué de la cama. Mi gato siempre está de vacaciones porque ya sabe hacer todo lo que le interesa: comer, maullar y hacerse pis en mis calcetines.

—Venga, ánimo —me sonrió papá mientras desayunábamos juntos en la cocina.

Yo no dije nada porque estaba intentando pescar sin

éxito una cucharada de cereales. A lo mejor era porque había cogido un tenedor. ¡Tenía tanto sueño!

Aún seguía medio dormida cuando llegamos a la pastelería y me vi reflejada en una vitrina. Llevaba las medias del revés y un par de cereales pegados al pelo.

—Tu madre y yo estaremos en la trastienda —me sonrió papá—. Unos amigos nos han encargado una tarta de boda de doce pisos y tenemos que terminarla a tiempo.

¿Doce pisos? ¡Por las verrugas de la bruja Piruja! Pues se les iba a salir por el techo.

—Tú atiende el mostrador —me pidió mamá—. Y acuérdate de ofrecer un dulce a los clientes.

Vi un montón de merengues de colores amontonados en una bandeja. Lo que no vi fueron clientes. Era tan temprano que la plaza central del Moonville seguía desierta.

Bueno, no del todo. Alguien acababa de pasar frente al escaparate con un cubo y una escalera. Incluso tras el vaho de los cristales reconocí aquella pequeña figura.

¿Dije que no había fieras en el primer capítulo? Pues me equivocaba. ¡Y es que aquel era Oliver Dark, mi



compañero de pupitre! Ese crío resulta más feroz que cualquier animal salvaje.

Por suerte, Oliver pasó de largo y se dirigió a la estatua que preside la plaza. Luego sacó un trapo de su cubo y se puso a frotarla con esmero. Lo hace cada semana, porque la estatua es de su bisabuelo. Era el cazador de brujas más famoso del pueblo.

Aquel hombre odiaba la magia. Tanto que dedicó su vida a perseguir a los brujos de Moonville para encarcelarlos y hacer astillas sus varitas. Comprenderás que no me encantase aquella estatua.

Francamente, cualquier cubo de basura me hubiese parecido un mejor monumento. Oliver, en cambio, la trataba mejor que a muchas personas. Incluida yo, claro.

La nevada empezó a apretar. En vez de marcharse, el abusón se echó encima la capucha y siguió limpiando. Grandes copos de nieve caían sobre su nariz, que se había puesto roja.

Por una vez, confieso que me dio pena. Dicen que la Navidad es tiempo de paz y amor, ¿no? Quizá era el momento de firmar una tregua con mi peor enemigo.

—¿Tú qué dices? —pregunté a Cosmo, que dormitaba junto a la estufa—. ¿Voy?

Mi gato maulló como diciendo «haz lo que quieras mientras me dejes dormir».

Después de pensarlo un rato, cogí la bandeja de merengues y salí tiritando a la calle.

—Hola —dije al abusón, que se volvió hacia mí muy sorprendido.

—Vaya cara —gruñó al recuperarse del susto—. ¿Se te han olvidado los ojos en casa?

Pues empezábamos bien. Respirando hondo, le alargué la bandeja.

—¿Quieres un merengue para coger fuerzas?
—pregunté—. Están muy buenos.

Oliver desconfiaba, pero al fin tomó un dulce entre sus dedos sucios y lo examinó.

—Veamos si de verdad están ricos
—dijo, después de olfatearlo.



Entonces metió la mano bajo su anorak y sacó algo de su interior. Algo negro, viscoso... y con patas que correteaban entre sus dedos regordetes.

—¡Un bicho! —grité, apartándome—. ¡Un bicho asqueroso!

Te juro que no exageraba. Aquella cosa parecía una mezcla entre serpiente y lagartija. Tenía el morro afilado y la piel pegajosa y cubierta de lunares amarillos.

—No lo llames bicho —me advirtió Oliver, tomando a la criatura y poniéndola frente a mi nariz—. Es una salamandra y se llama Dardo. Dardo, te presento a Anna. Puedes morderla siempre que quieras.

—¡Aparta de mí esa cosa! —protesté, horrorizada.

La salamandra me miraba atentamente con sus ojos brillantes como gemas preciosas.



—¿A que es bonita? —sonrió Oliver—. La encontré aquí mismo, sobre la estatua. Creo que le gusto.

Normal, debía de haberlo confundido con un pariente. El caso es que el abusón cogió el merengue y se lo ofreció a Dardo. El animal lo olisqueó y luego se dio la vuelta, ofendido.

—¿Ves? —masculló Oliver—. No le gusta. Seguro que está asqueroso.

—Vale, la próxima vez le traeré una tarta de moscas —gruñí—. ¡Y otra para ti, reptil!

Enfadado, Oliver me pegó un empujón que me hizo perder el equilibrio. La bandeja se tambaleó y los merengues volaron como copos de colores. Luego cayeron sobre la nieve y se chafaron todos.

—Hala —dijo el abusón, empuñando otra vez su trapo—. Ya puedes largarte a cocinar más.

Volví dando zancadas hasta la tienda, pensando en lo tonta que había sido.

Decididamente, las personas malvadas como Oliver o su bisabuelo no cambian nunca. Son malos bichos, igual que aquella repugnante salamandra.